

MI VIDA, OBLIGADO PROTAGONISMO. LASSITER.

Los saltos del vetusto todoterreno —por darle un nombre a aquel conglomerado de óxido, metal y ruedas desgastadas— me devolvieron a la realidad. Hasta ahora el paisaje me había mantenido en una especie de trance: callado, distante, totalmente entregado a su dura belleza. Una belleza real, trágica y dolorosa, aunque... hipnótica.

Carraspeé un poco para hacer saber a mi chófer, y guía, que había regresado al mundo de los vivos. Éste me sonrió con sus enormes dientes de amarilleado marfil, haciendo que mis pensamientos volviesen a viajar: «¿Se veían tan blancos porque su tez era negra o porque en África los dientes eran más claros?» Me reí de mí mismo.

Desde que aterricé en el aeropuerto internacional de Buyumbura, capital de Burundi, mi mente no había dejado de vagar, sorprendida, en un frenesí de pensamientos incontrolados, muchos de ellos absurdos —no porque fuesen tontos en sí, sino porque denotaban una ignorancia casi infantil, aunque plena de inquietudes—.

Me maravillaba la simpleza del mundo que me rodeaba, no de una forma peyorativa, sino todo lo contrario; estaba enamorado y mi amor se llamaba: África. Lo acababa de descubrir ahora mismo, según lo pensaba. Sí, sí, enamorado, un amor a primera vista, un amor que, como descubriría más tarde, iba a ser breve, intenso y trágico; perfecto para leerlo en una novela, pero demasiado amargo para ser el protagonista.

«Protagonista», me repetí. Jamás quise ser el centro de nada, su sola idea me aterró siempre. No en vano, hasta hacía unos años había sido un muchacho de lo más tímido. Y ahora, por azar o por cumplir con mi implacable destino, me encontraba solo en la región de los grandes lagos del África Oriental; inevitablemente, como actor principal. Todos llegamos, antes o después, a la misma conclusión -o eso me decía yo-:

«Es absurdo pretender ser el actor secundario de tu propia vida.»

El día que uno comprende estas palabras cambia tu vida.

Tras unas horas en aquellas horribles “carreteras” —así llaman aquí a los barrizales llenos de baches que comunican los distintos puntos del país— llegamos a nuestro destino: una aldea.

La aldea, levantada sobre el fango, era un conjunto de casas caóticamente desperdigadas. Sólo se veía suciedad, miseria y hambre. Al ver todo aquello me vine abajo. «Imposible para unas manos tan pulcras y limpias como las tuyas», me dije.

El vehículo paró junto a la única casita blanca —el contraste con sus mugrientas vecinas era turbador—. Deduje que sería la escuela, mi nuevo hogar. Parecía una isla, una luz brillante en aquel mar de sombras.

Dos toques de claxon hicieron salir a sus inquilinos: tres monjas de caras cansadas y serias que acompañaban a un preocupado y vigilante sacerdote; apenas lo reconocí. El Padre Manuel en apenas dos años había cambiado hasta transformarse en un desconocido. Las arrugas cortaban profundamente su piel y su pelo se había vuelto blanco como la nieve. Sólo en sus ojos, llenos de energía, recordé al hombre que me había animado a realizar aquella aventura. Sus palabras habían sido breves y directas: « ¿Estás perdido? Vente a África, ayudar a los demás es encontrarse a uno mismo; es tan hermoso que duele.»

Tardé un año en ahorrar y prepararlo todo, ahora, al ver lo que me rodeaba, dudé, pero sólo un segundo, la juventud puede con todo. Estaba, otra vez, pleno de energía cuando empecé a abrir la puerta del vehículo para abrazar a mi amigo y mentor y, entonces, ocurrió.

Gritos. Chillidos. Sonidos que tu mente traduce: pelea, confusión y machetes en la carne. Nos volvimos hacia aquel lugar, pero, al principio, no vimos nada. De pronto,

unos niños surgieron de entre las chozas, corrían alarmados, agitando los brazos enérgicamente. Se dirigieron directamente hacia nosotros. No entendía nada. Estaba bloqueado. Llegué a pensar que era algún tipo de recibimiento preparado por el Padre Manuel para que conociese a mis futuros alumnos. Pero fue un pensamiento fugaz, estaba claro que ocurría algo grave.

« ¡Vete!», fue lo único que me dijo. Luego, secas instrucciones al chófer, que ya no sonreía, y me vi volando por las alborotadas “calles” esquivando grupos armados con largos cuchillos de muerte. No protesté, no dije nada, simplemente me dejé llevar por la marabunta del aeropuerto. Saqué el primer billete a cualquier parte. Tardé tres días en llegar a casa. Había salido para cambiar el mundo y el mundo me había cambiado a mí.

La guerra civil se prolongó doce sangrientos años, las matanzas entre hutus y tutsis alcanzaron cifras de cientos de miles de personas. Tuvo que ser horrible.

Hoy, Burundi es uno de los países más pobres del mundo, donde apenas hay un médico por cada cuarenta mil habitantes, o sea, unos doscientos médicos en todo el país. La mitad de la población no tiene acceso a agua potable, por lo que beben agua sucia. Se suceden las enfermedades y la esperanza de vida roza los cincuenta años. Sin ferrocarriles, con apenas cinco ordenadores, cuatro teléfonos fijos o veinte teléfonos móviles por cada mil habitantes. Sólo el siete por ciento de las carreteras están asfaltadas....no duermo.

Vivo con la imagen de los niños abrazados a los indefensos religiosos. Mi cordura se sustenta en la creencia de que siguen vivos, por eso nunca intenté averiguar que fue de ellos; no creo que lo haga jamás. Tampoco regresaré a África, no podría soportar su mirada ni oír de sus labios la palabra que consume mi alma: «cobarde».

LASSITER.